

# El discípulo amado

Por Eduardo Martínez Rancaño

En el breve apartado dedicado a la cuestión de la autoría del cuarto evangelio, el *Comentario bíblico adventista* se contenta con afirmar que la atribución de dicho evangelio al apóstol Juan se basa en una tradición de gran antigüedad. Otros comentarios bíblicos aportan alguna evidencia más en favor de la llamada hipótesis joanina<sup>1</sup>, pero, al final, suelen reconocer que la identificación de Juan, hijo de Zebedeo, con el autor del cuarto evangelio descansa en la tradición, algo que es extraño que goce de ascendencia en el mundo protestante. Muchos autores protestantes de renombre, y en particular los pioneros de la iglesia adventista, Ellen White incluida, se han hecho eco de esta antigua tradición.

El propio cuarto evangelio afirma que el origen de la información que presenta es un individuo llamado el “discípulo amado”, designación que no aparece en ninguna otra parte de la Biblia. Aunque la fuerza de la tradición hace que se lea “apóstol amado”, y que se añada la noción extrabíblica de que se trataba del más joven de los doce, debe destacarse que el cuarto evangelio es el único que no utiliza la palabra “apóstol”. Para referirse a este grupo especial de discípulos, dicho evangelio los llama, sin más, “los doce” (6:67,71; 20:24). ¿Qué sabemos objetivamente de ese presuntamente anónimo “discípulo amado”?

1. El “discípulo amado” ocupó un lugar de honor en ocasión de la Última Cena en el aposento alto, dado que estaba reclinado<sup>2</sup> junto a Jesús, y a él se le reveló la identidad del traidor que, poco después, entregaría a Jesús a sus enemigos (13:23-26).
2. El “discípulo amado” no era Pedro, pues aparece asociado con éste en el episodio anterior (13:24) y también en otros.
3. Suele admitirse que el “otro discípulo” mencionado en 18:15,16 que siguió a Jesús tras su arresto y entró hasta el patio del sumo sacerdote no es otro que el “discípulo amado”. Ese discípulo anónimo tenía acceso directo al “patio del sumo sacerdote”. A Pedro sólo se le permitió pasar gracias a la mediación del discípulo anónimo. Si el anterior es el “discípulo amado”, como parece, éste habría gozado de cierta influencia en el círculo del sumo sacerdote en Jerusalén.
4. A diferencia de los apóstoles, que huyeron y observaron la crucifixión de lejos según los evangelios sinópticos, el “discípulo amado” estuvo al pie de la cruz, junto con María la

---

<sup>1</sup>La mayoría de las consideraciones que se hacen suelen ser tan genéricas que se pueden aplicar a cualquier seguidor de Jesús. Por ejemplo, se dice que el autor del evangelio es una persona que hablaba arameo pero dominaba el griego lo suficiente. Eso puede decirse tanto de Juan como de Bartolomé, Felipe o cualquier otro. Otras consideraciones son poco concluyentes. Por ejemplo, algunos señalan que la pertenencia de Juan al trío que se completaba con su hermano mayor Santiago y con Pedro hacen de él el mejor candidato para haber escrito el cuarto evangelio. Si ese argumento fuese válido, ¿dónde están los evangelios de Pedro y de Santiago? Por último, se señala que la esposa de Zebedeo era una de las mujeres que ayudaban a Jesús con sus bienes en su ministerio (cf. Mar 15:40; 16:1; Luc 24:10). Al tener jornaleros (Mar 1:20), posiblemente la familia de Zebedeo fuese pudiente, pero que Zebedeo fuese un magnate de la pesca difícilmente puede respaldar el derecho de sus hijos a ocupar lugares de privilegio en el Reino (Mat 20:20ss; Mar 10:35ss) y no respalda en absoluto la hipótesis joanina. Tampoco resulta muy alentadora para esta hipótesis la implicación de martirio, constatada históricamente para Santiago, de las palabras “La copa que yo bebo, la beberéis; y seréis bautizados con el bautismo con que yo soy bautizado” (Mar 10:39). El único indicio objetivo en favor de una autoría apostólica es la mención del “discípulo amado” en ocasión de la Última Cena, aunque, en realidad, ningún Evangelio afirma que a dicha cena acudiesen únicamente los apóstoles y Jesús.

<sup>2</sup>Recuérdese que en esa época la forma normal de comer era reclinado alrededor de una mesa baja.

- madre de Jesús, María la esposa de Cleofás, tía de Jesús<sup>3</sup>, y María Magdalena (19:25,26).
5. El “discípulo amado” recibió de Jesús el encargo de que cuidase de su madre. Según la literalidad del pasaje, María fue recibida en la casa del discípulo amado el mismo día de la crucifixión (19:26,27).
  6. Tras recibir de María Magdalena la noticia de que el cadáver de Jesús había desaparecido, el “discípulo amado” corrió a la tumba, acompañado por Pedro, y permitió que éste entrase el primero a la tumba vacía (20:2-10). Aunque Pedro fue el primero en ver “los lienzos colocados en el suelo, y el sudario, que había estado sobre la cabeza de Jesús, no puesto con los lienzos, sino enrollado en un lugar aparte”, el texto parece encasillar a Pedro entre las personas que “aún no habían entendido la Escritura, que era menester que él resucitase de los muertos”. En cambio, cuando entró “el otro discípulo, que había venido primero al sepulcro [...] vio, y creyó”. Significativamente, el versículo 10 parece indicar que, tras la visita a la tumba, el “discípulo amado” y Pedro se encaminaron a “casas” diferentes<sup>4</sup>.
  7. El “discípulo amado” estaba entre el grupo formado por “Simón Pedro, Tomás llamado el Mellizo, Natanael el de Caná de Galilea, los hijos de Zebedeo y otros dos de sus discípulos” (21:2). Estaban en Galilea junto al mar cuando Jesús se manifestó a ellos (21:1ss). De hecho, fue él el primero en reconocer en el desconocido que se dirigió a ellos al Salvador resucitado (21:4-7).
  8. Cuando Jesús confirmó a Pedro en su ministerio recordándole implícitamente sus tres negaciones (21:15-17) y le vaticinó su muerte por crucifixión (21:18,19), Pedro observó que estaban siendo seguidos por el “discípulo amado” y le preguntó al Señor qué le esperaba en el futuro a ese discípulo (21:20,21). Jesús le respondió que no era de su incumbencia. Pedro sólo debía preocuparse de seguir a Jesús él, sin importarle ni siquiera la hipótesis de que el “discípulo amado” siguiese vivo hasta el fin del tiempo (21:22).
  9. A raíz de lo que Jesús le dijo a Pedro, se extendió el rumor de que el “discípulo amado” permanecería vivo indefinidamente, aunque el propio escritor<sup>5</sup> se encarga de aclarar la falta de fundamento de semejante creencia (21:23,24).
  10. El uso de artículos y pronombres masculinos en los textos griegos originales que se refieren al “discípulo amado” implican que se trataba de un hombre<sup>6</sup>.

---

<sup>3</sup>El que la madre de Jesús tuviese una hermana llamada igual que ella en griego no quiere decir necesariamente que se llamase exactamente igual en arameo.

<sup>4</sup>El original pone ἀπῆλθον οὐδὲ πάλιν πρὸς αὐτοὺς οἱ μαθηταί. La palabra αὐτοὺς, que suele referirse a la casa de cada cual, es aquí plural. En todo caso, parece probable, aunque el texto no lo diga, que luego el “discípulo amado” se reuniese con Pedro y los demás discípulos “al atardecer de aquel mismo día” en el momento en que Jesús se manifestó a ellos. El que no estuvo presente fue Tomás (20:19-24). La ausencia de Tomás no es significativa para la identificación del “discípulo amado” porque mientras que éste “vio, y creyó” al ver la tumba vacía (20:8), Tomás no admitió en principio el testimonio de los demás discípulos (20:25), y sólo se convenció de la realidad de la resurrección ocho días más tarde (20:26ss).

<sup>5</sup>Cabe la posibilidad de que el escritor de los últimos versículos del capítulo 21, o incluso de todo el evangelio, no sea el discípulo amado, sino algún redactor de su confianza, que podría haber escrito poco después de que el “discípulo amado”, fuente de todo el cuarto Evangelio, hubiese muerto. El propio título “discípulo amado” podría ser una perífrasis introducida de forma póstuma por ese supuesto amanuense.

<sup>6</sup>El motivo de esta aclaración es excluir de raíz la teoría que equipara a María Magdalena y/o María la hermana de Lázaro con el “discípulo amado”, noción que ha recibido el apoyo de ciertos grupos feministas y que no es tan nueva como pudiese parecer. Ya en la antigüedad hubo un evangelio apócrifo o pseudoepigráfico de María Magdalena, y los escritos de Nag

11. Si, como cree la mayoría de los comentaristas, el personaje anónimo de 1:35-40 es el autor del cuarto evangelio, el “discípulo amado” habría sido, junto con Andrés, el más antiguo de los discípulos de Jesús, provenientes directamente de los seguidores de Juan el Bautista.

A lo dicho explícitamente por el autor del evangelio acerca de sí mismo conviene añadir detalles adicionales que pueden extraerse de un análisis interno del relato y de las diferencias de perspectivas respecto de los Evangelios sinópticos<sup>7</sup>.

En los evangelios sinópticos el ministerio de Jesús se desarrolla preponderantemente en Galilea, y Judea alcanza prominencia únicamente en la semana de la Pasión. En cambio, en el cuarto evangelio se dedica especial atención al ministerio de Jesús en Judea y se silencian porciones significativas del ministerio en Galilea.

- Así, mientras los sinópticos tienen referencias a la elección directa de los apóstoles junto al Mar de Galilea (Mat 4:18-22; Mar 1:14-20; Luc 5:1-11), el cuarto evangelio sitúa a los primeros discípulos en el entorno de la predicación de Juan el Bautista, más al sur<sup>8</sup> (1:35-51).
- En los sinópticos el evento central anterior a la crucifixión es la transfiguración, cuyos protagonistas principales, aparte de Jesús, fueron Pedro, Santiago y Juan (Mat 17:1-11; Mar 9:2-13; Luc 9:28-36), mientras que el cuarto evangelio omite totalmente este episodio; en su lugar vemos la resurrección de Lázaro en el capítulo 11<sup>9</sup>.
- Aunque en los cuatro evangelios aparece la figura de José de Arimatea, discípulo prominente de Jesús en Judea (Mat 27:57ss; Mar 15:42ss; Luc 23:50ss; Jn 19:38), el cuarto evangelio añade en el mismo episodio otra figura de primera magnitud en Jerusalén: Nicodemo (19:39ss), miembro del Sanedrín que ya había aparecido en el capítulo 3 y en 7:50. Además, claro está, se incluye la figura de otro ilustre vecino de las inmediaciones de Jerusalén: Lázaro (capítulos 11 y 12).

---

Hammadi identifican explícitamente a María Magdalena con el “discípulo amado” (véanse James M. ROBINSON, editor, *The Nag Hammadi Library*, Harper & Row, San Francisco, 1988; Bentley LAYTON, *The Gnostic Scriptures*, SCM, Londres, 1987). El famoso cuadro de la *Santa Cena* de Leonardo da Vinci presenta, a la derecha de Jesús, a un personaje con rasgos innegablemente femeninos (véase, por ejemplo, J. PJOAN, *Historia del Arte*, Tomo 5, p. 291, Salvat, Barcelona, 1970). Los grupos que apoyan en la actualidad semejante identidad afirman gratuitamente que los pronombres masculinos no niegan el sexo femenino de su heroína, y pasan por alto el hecho de que María Magdalena anunció al “discípulo amado” y a Pedro que la tumba estaba vacía (20:1,2ss).

<sup>7</sup>Aunque constituiría un estudio fascinante, no vamos a tratar aquí el tema de las teologías de los sinópticos y del cuarto evangelio, sino únicamente aquellas diferencias que puedan arrojar alguna luz sobre la identidad del autor de éste.

<sup>8</sup>La mejor evidencia textual de 1:28 dice “Betania, al otro lado del Jordán”. Su ubicación concreta es desconocida, pero “al otro lado [πέραν] del Jordán” suele referirse a Perea, palabra que proviene precisamente de la preposición griega señalada. La lectura “Betábara” o “Betáraba” es una corrupción introducida por Orígenes, que conocía un villorrio en Perea, a cierta distancia del Jordán, con el primero de esos nombres. La única Betania conocida es la cercana a Jerusalén, hogar de Lázaro y sus hermanas. No deja de ser curioso que cuando su amigo Lázaro agonizaba en Betania, Jesús estaba, precisamente “al otro lado del Jordán”, en el “lugar donde primero había estado bautizando Juan” (10:40), o sea, en la otra Betania.

<sup>9</sup>Obsérvese, además, que mientras que los discípulos “protagonistas” de los sinópticos son Pedro, Santiago y Juan, en el cuarto evangelio lo son Lázaro, sus hermanas Marta y María, el “discípulo amado” y María Magdalena.

- El cuarto evangelio silencia las referencias a las resurrecciones del hijo de la viuda de Naín (Luc 7:11-17), poblado galileo, y de la hija de Jairo (Mat 9:18,19,23-26; Mar 5:22-24,35-43; Luc 8:41,42,49-56), dirigente de la sinagoga de Capernaum, mientras que los sinópticos no mencionan para nada la resurrección de Lázaro (capítulo 11). Aunque todos hablan de la unción de Jesús en Betania en la casa de Simón, un fariseo que había estado leproso, los sinópticos omiten toda mención a Lázaro, asistente a aquella fiesta, y únicamente hablan, sin mencionar su nombre, de la hermana de éste, María, de la que Lucas dice algo que no puede sospecharse al leer el cuarto evangelio: la reputación de esta mujer tenía, a ojos de algunos, alguna tacha<sup>10</sup>. La falta de mención de Lázaro en los

<sup>10</sup>Los llamados “padres” de la iglesia griega entendían mayoritariamente que la mujer “pecadora” que ungió a Jesús, que María la hermana de Lázaro y que María Magdalena eran tres mujeres distintas. En cambio, los llamados “padres” de la iglesia latina han tendido a identificar a las tres. La mayoría de los expositores protestantes tienden a identificar, todo lo más, a la primera y la segunda. Dicha identificación descansa en los detalles sintetizados en el siguiente cuadro:

	Mat 26:6-10	Mar 14:3-11	Luc 7:36-50	Jn 12:1-10
<b>Tiempo</b>	Semana de la pasión	Semana de la pasión	¿Comienzo del ministerio de Cristo?	Semana de la pasión
<b>Lugar</b>	Casa de Simón el leproso, en Betania	Casa de Simón el leproso, en Betania	Casa de Simón, un fariseo, en una ciudad anónima. ¿En Galilea?	Betania
<b>Unción efectuada por</b>	Una mujer	Una mujer	Una mujer “pecadora”	María, la hermana de Lázaro (cf. 11:2)
<b>Materiales empleados</b>	Perfume muy caro en frasco de alabastro	Perfume muy caro de nardo en frasco de alabastro	Perfume en frasco de alabastro	Nardo puro, que era un perfume caro
<b>Método usado</b>	Derrama el perfume sobre la cabeza de Jesús	Derrama el perfume sobre la cabeza de Jesús	Lava los pies de Jesús con sus lágrimas, los seca con sus cabellos y unge sus pies con el perfume	Derrama el perfume en los pies de Jesús y los seca con sus cabellos (cf. 11:2)
<b>Sujeto de las críticas</b>	Los discípulos	Algunos de los presentes	El fariseo	Judas
<b>Objeto de las críticas</b>	La mujer	La mujer	Jesús	La mujer
<b>Motivo de la crítica</b>	El gasto excesivo, que podría haberse dado a los pobres	El gasto excesivo, que podría haberse dado a los pobres	Dejarse tocar por la “pecadora”	El gasto excesivo, que podría haberse dado a los pobres
<b>Motivo de la alabanza de Jesús a la mujer</b>	Haberlo ungido en preparación para su sepultura. Afirma que el relato siempre se repetirá en honor a ella	Haberlo ungido en preparación para su sepultura. Afirma que el relato siempre se repetirá en honor a ella	Haberlo tratado mejor que el propio Simón y porque su amor ha hecho que sus pecados sean perdonados	Haberlo ungido en preparación para su sepultura
<b>Información adicional</b>		Judas sale y prepara su traición de Jesús	En el pasaje inmediato de 8:1,2 se menciona, entre los doce, a las mujeres que habían sido libradas de “malos espíritus” y de otras enfermedades, entre las que figura María Magdalena	Marta servía y Lázaro era uno de los invitados. En ocasión de este incidente muchos se acercaron para ver a Lázaro, resucitado, y los dirigentes judíos hicieron planes para eliminar a Lázaro

El relato del cuarto evangelio aporta a los de Mateo y Marcos el detalle de la identidad de la mujer que para ellos es anónima, pese a la indicación de Jesús de que la buena obra de María de Betania se referiría hasta el fin del tiempo. Pasa por alto, en cambio, el nombre del anfitrión y el material del que estaba hecho el recipiente que contenía el perfume. Además, es aún más preciso que Marcos al particularizar en Judas el origen de las críticas contra María (Mateo atribuyó las críticas a “los discípulos”, mientras que para Marcos las críticas provenían de “algunos” de los asistentes). Sin embargo, se separa de ellos al indicar que el objeto de la unción fueron los pies de Jesús, que luego María secó con sus cabellos. Aporta, además, los detalles de que Marta servía y de que Lázaro, objeto de curiosidad preponderante, era uno de los invitados. El contexto del relato de Lucas parece distinto de los otros. En efecto, no sólo no se menciona Betania, sino que el entorno geográfico parece el de Galilea, mientras que el contexto temporal no parece corresponderse con la semana de la Pasión. Además, la mujer, una supuesta pecadora según la opinión del fariseo anfitrión, no es objeto de críticas por su derroche, ni hay referencia alguna a donativos a los pobres. La crítica no pronunciada es contra Jesús por dejarse tocar por tal mujer. El encomio hacia ella no tiene que ver con la unción anticipada para la sepultura de Jesús, sino con la hospitalidad superior que ella ha proporcionado al Maestro. El amor que ella le ha manifestado, mayor que el de los demás, dice Jesús,

sinópticos en esta ocasión es extraordinaria, teniendo en cuenta que había sido resucitado recientemente, y que dicho milagro había acelerado todo el proceso de rechazo a Jesús por parte de las autoridades judías (11:45-57). La propia ausencia del milagro de la resurrección de Lázaro en los sinópticos es muy anómala<sup>11</sup>.

---

ha limpiado cualquier pecado que ella pudiese tener, aunque hubiese sido también mayor. Lo que resulta sorprendente del relato de Lucas es el nombre del anfitrión, Simón, el mismo dado por Mateo y Marcos, pero omitido por el cuarto evangelista. Aún más sorprendente es el hecho de que la mujer moja los pies de Jesús con sus lágrimas, los seca con sus cabellos y unge los pies, no la cabeza del Señor como en Mateo y Marcos, con el perfume del recipiente de alabastro. En vista de tales similitudes, parece difícil sustraerse a la identificación que hace el cuarto evangelista: “María, cuyo hermano Lázaro estaba enfermo [poco antes de la muerte y resurrección de éste], fue la que ungió al Señor con perfume, y le enjugó los pies con sus cabellos” (11:2) tras la resurrección de su hermano.

Ahora bien, la aparente identidad de María de Betania y la presunta pecadora de Lucas, ¿puede extenderse a María Magdalena? Lo cierto es que en ningún pasaje aparecen identificadas. El que más cerca está de hacerlo es Lucas, que habla de María Magdalena al comienzo del capítulo 8, inmediatamente después de su pasaje de la unción. Por otra parte, no se habla de María de Betania en el contexto de la crucifixión, entierro, resurrección, ni ascensión del Señor, lo cual es especialmente anormal, teniendo en cuenta que la ascensión se produjo en Betania (Luc 24:50), que la resurrección de su hermano Lázaro se había producido hacía pocos días o semanas y que ella seguramente se habría sentido deseosa de participar en la unción del cadáver de Jesús. Sin embargo, en la posición que cabría esperar para María la de Betania, y también llorosa como ella, aparece María Magdalena. En el cuarto evangelio, a esta María se la ve cerca de Jesús a partir de su crucifixión, igual que aquella otra que menciona Lucas en el contexto de una aldea sin nombre en la que había una mujer llamada Marta que “tenía una hermana que se llamaba María, la cual, sentándose a los pies de Jesús oía su palabra.” Comentando la diferente actitud de las hermanas, Jesús le dijo a Marta “Sólo una cosa es necesaria; y María ha escogido la parte buena, la cual no le será quitada” (Luc 10:38-42), un encomio que recuerda al que aparece en Mateo y Marcos para la mujer que ungió a Jesús en Betania. Los sinópticos parecen haber satisfecho de forma insuficiente el deseo de Jesús de que la buena acción de María fuese recordada, ya que ni se molestan en dar su nombre. Sólo el “discípulo amado” lo da. Luego, tanto él como los demás hablan de María Magdalena.

Si María de Betania es María Magdalena, como me siento inclinado a creer, ¿a qué viene llamarla “Magdalena”? Hay quien cree que ello se debe a que pasó algún tiempo en la ciudad galilea de Magdala, donde supuestamente habría ejercido la prostitución. Aparte del hecho de que no existe base alguna para esta última suposición injuriosa, es más que dudoso que la palabra “Magdalena” sea un gentilicio. En el idioma español, en el que no es extraña la existencia de gentilicios como “malagueña” o “madrileña”, no suena del todo inverosímil que magdalena pudiese decirse de alguien de Magdala. Pero la palabra griega para un habitante de Magdala debería haber sido algo así como *Μαγδαλατος* para un varón o *Μαγδαλαιη* para una mujer; en ningún caso *Μαγδαληνή*, como se dice de María. En realidad, pese a lo que creen algunos, el nombre de Magdala no aparece en la Biblia. El texto original de Mat 15:39 habla de una población llamada *Μαγδάν*; en el pasaje paralelo de Mar 8:10 aparece *Δαλμανουθά*. Se cree que el nombre Magdala se le dio a ese poblado bastante tiempo después porque existía una tradición de que María Magdalena provenía de allí. Si, después de todo, el nombre derivase del hebreo *מגדל*, que tiene el significado de atalaya o torre, podría tratarse de un mote, y tendría que ver con el aspecto, altura o corpulencia de la mujer en cuestión. Según otra etimología posible, apoyada por ciertas alusiones insidiosas en el *Talmud*, el nombre podría derivar del arameo Megaddela, cuyo significado es “rizadora de cabellos”, lo cual podría aludir bien a la profesión de la mujer (peluquera), bien a su manera de peinarse.

Es lógico que Lucas, un médico, coincidiera con Mar 16:9 (aunque también es posible que el epílogo de Marcos sea posterior al evangelio de Lucas) al afirmar que Jesús había expulsado siete demonios de María, de sobrenombre Magdalena (Luc 8:2), lo cual podría indicar que la sanó de epilepsia, y tales antecedentes médicos serían motivo más que suficiente para que Simón el fariseo pensase que la mujer que ungió a Jesús era una “pecadora”.

<sup>11</sup>Existe una muy controvertida investigación iniciada en la década de 1960 por Morton Smith a raíz de su presunto descubrimiento en el monasterio de Mar Saba, cercano a Jerusalén, de tres hojas de un manuscrito que contiene el principio de una carta escrita por Clemente de Alejandría (c. 150-213) a un individuo llamado Teodoro, del que nada más se sabe. Dado que hasta la autenticidad de tal carta es puesta en duda por algunos, conviene mostrar su traducción al español (véase Morton SMITH, *The Secret Gospel*, Harper and Row, 1973).

**De las cartas del santísimo Clemente, autor de las Stromateis [Misceláneas]. A Teodoro.**

Hiciste bien ensilenciar las innumerables enseñanzas de los carpocratianos. Porque estos son las “estrellas errantes” mencionadas en la profecía, que se apartan del estrecho camino de los mandamientos para adentrarse en el ilimitado abismo de los pecados carnales y corporales. Porque, enorgullecidos en el conocimiento, como dicen, “de las cosas profundas de Satanás”, no saben que se están arrojando en “el inframundo de la oscuridad” o falsedad, y vanagloriándose de ser libres, se han convertido en esclavos de deseos serviles. Hay que oponerse a tales hombres de todas las maneras y completamente.

Estos indicios no hacen sino confirmar que la perspectiva del cuarto evangelio, escrito por el “discípulo amado”, se corresponde con la de un habitante de Judea, no de Galilea. Además, su familiaridad con las figuras de Nicodemo y de Lázaro parece indicar que el autor debía de ser de una extracción social elevada, lo cual cuadra perfectamente con la profundidad de la teología del cuarto evangelio y de su conocimiento de las filosofías en uso en sus días (considérese, sobre

Quien ame la verdad no debería estar de acuerdo con ellos en nada, ni siquiera cuando dijese algo que fuese verdadero. Porque no todas las cosas verdaderas son la verdad, ni ha de preferirse la verdad que meramente parece verdadera según las opiniones humanas a la verdad verdadera, la que es según la fe.

Ahora bien, de las cosas que dicen continuamente en cuanto al divinamente inspirado Evangelio según Marcos, algunas son completas falsificaciones, y otras, aunque contengan en efecto algunos elementos verdaderos, no se refieren de manera veraz. Así, al estar mezcladas las cosas verdaderas con invenciones, se falsifican, de modo que, como dice el dicho, hasta la sal pierde su sabor.

En lo tocante a Marcos, por tanto, escribió un relato durante la estancia de Pedro en Roma de los hechos del Señor, sin relatarlos todos, no obstante, ni tampoco haciendo alusión a los secretos, sino seleccionando los que estimó más útiles para aumentar la fe de los que estaban recibiendo instrucción. Pero cuando Pedro murió mártir, Marcos vino a Alejandría trayendo tanto sus propias notas como las de Pedro, de las cuales transfirió a su primer libro las cosas apropiadas a cuanto conviene al progreso hacia el conocimiento. Así compuso un Evangelio más espiritual para el uso de aquellos que estaban haciéndose perfectos. No obstante, aún así no divulgó las cosas que no han de pronunciarse, ni puso por escrito la enseñanza hierofántica [iniciática] del Señor, sino que a los relatos ya escritos añadió otros adicionales y, además, introdujo ciertos dichos cuya interpretación él sabía, como mistagogo [iniciador en un misterio], que conduciría a los oyentes al santuario más interior de la verdad oculta por siete velos. En una palabra, preparó los asuntos ni de mala gana ni de manera incauta, según mi opinión, y, al morir, dejó su composición a la iglesia de Alejandría, donde aún hoy se guarda con el mayor cuidado, leyéndose sólo a quienes se están iniciando en los grandes misterios.

Pero puesto que los detestables demonios siempre están planeando la destrucción de la raza de los hombres, Carpócrates, instruido por ellos y usando artes engañosas, esclavizó de tal manera a cierto presbítero de la iglesia de Alejandría que obtuvo de él una copia del Evangelio secreto, que interpretó a la vez según su propia doctrina blasfema y carnal y que, además, contaminó, mezclando mentiras desvergonzadas con palabras inmaculadas y santas. De esta mezcla se extrae la enseñanza de los carpocratianos.

Ante ellos, por lo tanto, como dije antes, no hay que ceder; ni debería admitirse que el Evangelio secreto es de Marcos cuando presentan sus falsificaciones, sino negarlo incluso bajo juramento. Porque, “No todas las cosas han de decirse a todos los hombres”. Por esta razón la Sabiduría de Dios, a través de Salomón, aconseja “Responde al necio como merece su necedad”, enseñando que la luz de la verdad debería ocultarse a los que están ciegos mentalmente. Y añade “Al que no tiene le será quitado”, y, “Que los necios anden en la oscuridad”. Pero nosotros somos “hijos de luz”, habiendo sido iluminados por el “amanecer” del Espíritu del Señor “desde lo alto” y “Donde está el Espíritu del Señor,” dice, “allí hay libertad”, porque “Todas las cosas son puras para los puros.”

A ti, por lo tanto, no dudaré en responder a las preguntas que has formulado, refutando las falsificaciones con las palabras mismas del Evangelio. Por ejemplo, tras “Iban de camino subiendo a Jerusalén” [Mar 10:32], y lo que sigue, hasta “Y a los tres días resucitará” [10:34], el Evangelio secreto aporta el siguiente material palabra por palabra:

“Y vinieron a Betania. Y estaba allí una cierta mujer cuyo hermano había muerto. Y, viniendo, se postró ante Jesús y le dice, ‘Hijo de David, ten misericordia de mí.’ Pero los discípulos la recriminaron. Y Jesús, disgustado, salió con ella al jardín donde estaba la tumba, e inmediatamente se oyó un gran grito desde la tumba. Y, acercándose, Jesús hizo rodar la piedra de la puerta de la tumba. E inmediatamente, entrando donde estaba el joven, extendió su mano y lo levantó cogiendo su mano. Pero el joven, contemplándolo, lo amó y empezó a rogarle que pudiera estar con él. Y saliendo de la tumba, entraron en la casa del joven, porque era rico. Y después de seis días Jesús le dijo qué hacer y por la noche el joven viene a él, llevando una túnica de lino sobre su cuerpo desnudo. Y permaneció con él aquella noche, porque Jesús le enseñó el misterio del reino de Dios. Y entonces, levantándose, volvió al otro lado del Jordán.”

Después de estas palabras sigue el texto, “Se acercan a él Jacobo y Juan” [Mar 10:35] y toda esa sección. Pero “hombre desnudo con hombre desnudo”, y las otras cosas de las que tú escribiste, no se encuentran.

Y tras las palabras “Llegan a Jericó” [10:46], el Evangelio secreto añade únicamente, “Y la hermana del joven a quien Jesús amaba y su madre y Salomé estaban allí, y Jesús no las recibió.”

Pero las muchas otras cosas de las que tú escribiste parecen ser falsificaciones y lo son.

Ahora, la auténtica explicación y la que está de acuerdo con la verdadera filosofía ....

*[Aquí el texto se detiene abruptamente en mitad de la página].*

Cualquier intento de ver en los presuntos pasajes “deuteromarquianos” una justificación de prácticas sexuales antinaturales no es sino un intento patético de perpetuar los errores de los carpocratianos. Todo lo dicho por esos pasajes presenta una curiosa fusión de relatos y personajes que normalmente se ven como inconexos: equiparan la figura de Lázaro no sólo con el joven que seguía a Jesús la noche de su arresto “cubierto solamente con una sábana sobre su cuerpo desnudo” (Mar 14:52), sino también con el joven rico (Mar 10:17-22). Igual que el resucitado del “Evangelio secreto”, el joven rico, un dirigente según Luc 18:18, también quiso “estar con Jesús”, o sea, seguirlo. Jesús, que sintió afecto por él (Mar 10:21), le dijo qué hacer: vender sus posesiones y entregárselas a los pobres. Aunque en los sinópticos el influyente joven “se marchó apesadumbrado porque tenía muchas posesiones”, su presunta identificación en el “Evangelio secreto” con el joven de la sábana permite una conclusión del episodio mucho más feliz.

todo, el prólogo del evangelio)<sup>12</sup>.

Pese a que existen poderosos indicios, como acabamos de ver, de que el cuarto evangelista era un judío de Judea, conviene mencionar el tratamiento que da el “discípulo amado” a la palabra “judíos”. En los sinópticos, dicha palabra únicamente tiene un carácter ligeramente peyorativo en un versículo, cuando se comenta la fraudulenta versión oficial sobre la desaparición del cuerpo de Jesús y se dice que “este dicho se divulgó extensamente entre los judíos hasta hoy” (Mat 28:15). En el cuarto evangelio, en cambio, la palabra suele estar asociada, casi desde el principio, con la incredulidad o el rechazo de la figura de Cristo (2:18, 20; 5:10, 15, 16, 18; 6:41, 52; 7:1, 11, 13, 15, 35; 8:22, 31, 48, 52, 57; 9:18, 22; 10:19, 24, 31, 33; 11:8, 53, 54; 13:33; 18:12, 14, 31, 36, 38; 19:7, 12, 14, 20, 21, 31, 38; 20:19). La lectura de esta lista de versículos pone de manifiesto una animosidad tan grande del evangelista hacia el grupo que él llama “los judíos” que no es de extrañar que el cuarto evangelio haya figurado como texto de cabecera de todos los antisemitas. Es evidente, no obstante, que el “discípulo amado” no está hablando del pueblo judío en su conjunto, del que tanto el Maestro como él mismo eran parte. El propio evangelista reconoce que había una opinión minoritaria entre “los judíos” que reconocía la bondad de Jesús (7:12; 10:21). Cuando el “discípulo amado” habla negativamente de “los judíos” tiene en mente un grupo muy concreto de personas. Son aquellos dirigentes que se opusieron continuamente a la obra y que tramaron y consiguieron la muerte de Jesús.

Los únicos pasajes del evangelio en los que se habla de “los judíos” de ese grupo dirigente en términos encomiosos tienen que ver con la resurrección de Lázaro:

- Entonces muchos de los judíos que habían venido para acompañar a María, y vieron lo que hizo Jesús, creyeron en él (11:45).
- A causa de [Lázaro] muchos de los judíos se apartaban [de la línea oficial] y creían en Jesús (12:11).

Esos nuevos creyentes judíos deben de haberse sumado con gusto a las filas de otros creyentes más veteranos, como Nicodemo, José de Arimatea, Lázaro y sus hermanas. No es muy probable que la enemistad que el “discípulo amado” manifiesta hacia “los judíos” provenga únicamente del hecho de que los dirigentes judíos promoviesen la ejecución de su Maestro, ya que tal enemistad no se manifiesta en los sinópticos. Tal animadversión procede seguramente del hecho de que quienes propiciaron la muerte de Jesús pertenecían a la misma clase social que el evangelista. Además, le constaba que no se limitaron a resistir la influencia de Nicodemo y José de Arimatea, sino que hasta planearon acabar con el más valeroso del grupo, Lázaro (12:10).

Estamos ya en condiciones de poder emitir una hipótesis acerca de la identidad presuntamente oculta del “discípulo amado”. Si se permite que el propio cuarto evangelio identifique a su autor, sólo hay un personaje que cuadre con todas las especificaciones dadas. Quien haya leído con atención las anteriores consideraciones no se verá sorprendido por la identificación. El lugar central que ocupa el personaje en el evangelio no deja lugar a dudas. Si el cuarto evangelio no es obra de Lázaro de Betania entonces nadie tiene ni la más remota noción de quién lo puede

---

<sup>12</sup>La afirmación, tantas veces oída, de que el amor de Cristo transformó al tosco y egoísta Juan, hijo de Zebedeo, en el “apóstol del amor” no deja de ser un reconocimiento de la inusitada profundidad teológica del cuarto evangelio, del que se supone autor a Juan. Sin duda, el amor de Cristo puede transformar caracteres, pero afirmar que éste haya sido el origen de la formación intelectual del cuarto evangelista no deja de ser un brindis al sol.

haber escrito<sup>13</sup>.

La evidencia implícita ha estado siempre ahí, y la acabamos de examinar. Pero, ¿existe alguna confirmación explícita de que el “discípulo amado” es Lázaro? Sin perder sutileza, difícilmente podría ser más clara. Cuando “uno llamado Lázaro, de Betania, la aldea de María y de Marta su hermana” estaba mortalmente enfermo, las hermanas le mandaron a Jesús un mensaje. Aunque lo lógico habría sido que hubiesen dicho algo tan escueto como “Maestro, Lázaro está enfermo”, el evangelista escogió ponerlo de esta manera: “Señor, mira, el que amas está enfermo” (11:1-3), y en el versículo 5 insiste: “Y amaba Jesús a Marta, a su hermana y a Lázaro”. Unos días más tarde, después de la muerte de su amigo, ese amor se manifestó con tanta intensidad y emoción que hasta “los judíos”<sup>14</sup>, esos dirigentes que muy poco después iban a planear minuciosamente la muerte del Maestro y de su discípulo amado, dijeron “Mirad como le amaba” (11:36).

Habrá quien piense que esta identificación no deja de ser el resultado de una prueba circunstancial afortunada, pero que no es nada más que eso. Difícilmente se puede tildar de circunstancial el cúmulo de evidencias presentado. En todo caso, cabe hacer una comprobación de esta identificación. ¿Podemos entender mejor los evangelios con la identificación de Lázaro y del “discípulo amado” en mente? Entiendo que sí. Observemos lo siguiente:

- Aunque el evangelista parece presentarse a sí mismo como uno de los dos primeros discípulos de Cristo (1:35-40), de más antigüedad aún que Pedro<sup>15</sup>, no introduce la figura del “discípulo amado” en la primera parte del ministerio de Jesús porque no tiene protagonismo en él. Tal situación es perfectamente acorde con la figura de Lázaro, del que se habla explícitamente por primera vez en el capítulo 11; reaparece en el 12 para desaparecer y ser sustituido por el “discípulo amado” a partir del 13 hasta el final del evangelio.
- El cuarto evangelista otorga a los apóstoles de los sinópticos un tratamiento peculiar. No sólo omite a Pedro de escenas significativas recogidas por los sinópticos<sup>16</sup>, sino que le

---

<sup>13</sup>En el último siglo ha habido varios intentos serios para tratar de identificar al autor del cuarto evangelio. Bultmann y Loisy llegaron a la conclusión de que el “discípulo amado” es una figura imaginaria, representativa de la “comunidad joanina”. Bacon, basándose en Gal 2:20 llegó a la conclusión de que el “discípulo amado” era Pablo. Por su parte, Wellhausen y otros propusieron que se trataba de Juan Marcos. Por último, Filson, Sanders y Eckhardt propusieron que se trataba de Lázaro, pese a que también suelen mezclar a Juan Marcos en la trama del cuarto evangelio. Véase la bibliografía.

<sup>14</sup>Aunque el cuarto evangelio dice que también “los judíos” lloraron ante la tumba de Lázaro (11:19, 31, 33), Jesús debía de saber que las lágrimas de la mayoría eran de cocodrilo. Puede haber sido uno de los motivos por los que “se estremeció interiormente y se conmovió”.

<sup>15</sup>Pedro sólo conoce a Jesús por mediación de su hermano Andrés (1:41,42). Esto contrasta vivamente con la versión de Mateo y Marcos según la cual Pedro y Andrés, por ese orden, junto con Santiago y Juan, fueron los primeros cuatro discípulos, elegidos junto al Mar de Galilea. Lucas también tiene a Pedro y a los hijos de Zebedeo en ese contexto, pero no a Andrés. Probablemente Lucas sabía que en el momento en el que Jesús llamó a Pedro, Santiago y Juan, Andrés ya era discípulo del Señor. Aunque el comienzo del discipulado de Pedro en el cuarto evangelio parece ocurrir sin solución de continuidad respecto del de Andrés, sería también posible interpretar que Andrés buscó a su hermano cuando regresó a Galilea y que le presentó a Jesús en la primera ocasión que tuvo.

<sup>16</sup>Aparte de lo dicho en la nota anterior, omite otros seis pasajes “petrinos” de los sinópticos (curación de su suegra, curación de la mujer con menorragia y resurrección de la hija de Jairo presenciadas por Pedro, el frustrado paseo de Pedro sobre las aguas, la confesión de Pedro, su afirmación de haberlo dejado todo por seguir a Jesús, y su presencia en la Transfiguración). Tiene, en cambio, una confesión diferente, ausente en los sinópticos, en el contexto del sermón del pan

otorga dos papeles no muy favorables no recogidos en ningún otro evangelio: en ocasión del lavamiento de pies (13:6-9) y en ocasión del arresto de Jesús, en donde aparece en el papel de espadachín (18:1-11)<sup>17</sup>. Además, a diferencia de los sinópticos, el “discípulo amado” no presenta una lista de “los doce”. De ellos, aparte de Pedro, conoce únicamente a Andrés<sup>18</sup>, Felipe<sup>19</sup>, Tomás “el Mellizo”<sup>20</sup>, Judas “(no el Iscariote)”<sup>21</sup>, a “los hijos de Zebedeo”<sup>22</sup> y Judas Iscariote. No es seguro que Natanael se corresponda con el Bartolomé de los sinópticos ni con ningún otro apóstol. En todo caso, la mención selectiva de algunos de los doce, a los que saca de su mero papel de comparsas que tienen en los sinópticos, realza nuevamente la idea de que para el “discípulo amado” la acción de los discípulos *no* estaba dirigida por Pedro, Santiago y Juan. Además, uno de los dos pasajes en los que aparece la expresión “los doce” dista de ser una alabanza de tal grupo: “Dijo entonces Jesús a los doce: ¿Queréis acaso irs también vosotros? [...] ¿No os he escogido yo a vosotros los doce, y uno de vosotros es diablo? Se refería a Judas Iscariote, hijo de Simón; porque éste era el que le iba a entregar, siendo uno de los doce” (6:67-71). La reiterada omisión de pasajes significativos de los sinópticos<sup>23</sup> y la falta de atribución de protagonismo a los doce, y a Pedro en particular, cuadra

---

de vida (6:66-71). Debe también señalarse que en el cuarto evangelio, la confesión de Pedro se ve sustituida por la confesión de Natanael: “Rabí, tú eres el Hijo de Dios; tú eres el Rey de Israel” (1:49) y por la confesión aún más explícita de Marta de Betania: “Señor, yo he creído que tú eres el Cristo, el Hijo de Dios, que has venido al mundo” (11:27).

<sup>17</sup>El espadachín de los pasajes paralelos de Mat 26:51-54; Mar 14:47; Luc 22:49-51 es anónimo.

<sup>18</sup>Aparte de ser uno de los dos primeros discípulos de Jesús, a Andrés se le atribuye un papel en la alimentación milagrosa de los cinco mil (6:1-14) y en la presentación de unos griegos a Jesús (12:20-22).

<sup>19</sup>Felipe es también uno de los primeros discípulos (1:43) y también interviene en la alimentación de los cinco mil (6:1-14), en la presentación de los griegos a Jesús (12:20-22) y le dirige a Jesús la petición “Señor, muéstranos el Padre, y nos basta” (14:8).

<sup>20</sup>Tomás anima a sus condiscípulos a acompañar a Jesús a Jerusalén: “Vamos también nosotros, para que muramos con él” (11:16); pide una aclaración a Jesús en el aposento alto (14:5); expresa dudas acerca de la realidad de la resurrección (20:24-29); y es uno de los siete discípulos en 21:1,2.

<sup>21</sup>Sólo se le atribuye la frase “Señor, ¿cómo es que te manifestarás a nosotros, y no al mundo?” (14:22), pero los sinópticos no le dan ni eso. Lucas es el único sinóptico que menciona un apóstol “Judas el hermano de Jacobo” (Luc 6:16), que, por eliminación, debe de corresponder con el “Tadeo” de Marcos y Mateo.

<sup>22</sup>Sólo aparecen en 21:2.

<sup>23</sup>El cuarto evangelio no sólo silencia pasajes importantes del ministerio de Jesús fuera de Judea. También tiene un tratamiento peculiar de la Última Cena, en la que no hay Eucaristía, pero sí lavamiento de pies, y omite las horas de angustia que Jesús pasó en Getsemaní. Naturalmente, podría suponerse que esta omisión responde a un deseo de no destacar al trío sinóptico de Pedro, Santiago y Juan. Sin embargo, existe otra posibilidad para explicar tal omisión. Si Pedro, Santiago y Juan estuvieron dormidos mientras Jesús oraba (Mat 26:40,43,45; Mar 14:37,40,41; Luc 22:45,46), ¿en qué testimonio se basan los relatos sinópticos sobre el incidente? La hipótesis más plausible es que, aparte del trío en cuestión, había otro discípulo que relató el incidente a los demás. Que había otro parece deducirse directamente del testimonio de Marcos cuando habla de un joven que seguía a Jesús en el momento de su arresto vestido con una sábana (Mar 14:51,52). La identidad de ese joven es asunto de conjetura, pero muy bien podría ser aquel discípulo, el único varón, que estuvo al pie de la cruz y pudo relatar a los huidizos apóstoles las circunstancias de la crucifixión, o sea, el “discípulo amado”. Así, pues, el cuarto evangelista no trató la escena de Getsemaní porque ya había sido tratada suficientemente por los demás evangelistas con la información que el “discípulo amado” les debió de facilitar. Eso sí, la omisión es salvada con creces con la inclusión en el capítulo 17 de la oración sacerdotal de Cristo.

perfectamente con Lázaro, que estaría presentando sus credenciales de discípulo que en ningún caso eran menores que las de los doce galileos.

- Si el “discípulo amado” hubiese sido uno de los doce, su posición de privilegio al lado de Jesús en 13:23ss habría alentado y, a la vez, respondido a las frecuentes pugnas por determinar quién sería el mayor en el Reino. El hecho de que haya habido un invitado que ocupó una posición de honor en la Última Cena cuadra perfectamente con la circunstancia de que Lázaro había sido resucitado recientemente y que también había sido invitado hacía poco a otra cena en el capítulo 12. Al no pertenecer a su grupo, la figura del “discípulo amado” está fuera de la pugna por el poder dentro de los doce (Luc 22:24), y sería lógico que ellos encontrasen natural que “nuestro amigo Lázaro” (11:11) mantuviese en la Última Cena la misma posición de privilegio al lado de Jesús, también reclinado, que ocupó en la casa de Simón de Betania (12:2).
- Ningún evangelio sinóptico pretende que uno de los doce estuviese al pie de la cruz (Mat 26:31,33,56; Mar 14:27,29,50) ni cerca de Jesús en sus horas finales tras la negación de Pedro. En realidad, todos ponen en labios del propio Jesús la predicción de que sus apóstoles lo abandonarían. Pedro entendió que Jesús se refería a *todos* ellos y aseguró vanamente que él, al menos, no abandonaría al Señor. Los relatos de los sinópticos relativos a la crucifixión se derivan, sin duda, de los otros discípulos presentes, o sea, del “discípulo amado” y de algunas mujeres entre las que estaba María Magdalena. No resulta muy congruente creer que la Biblia enseña que los doce abandonaron a Jesús en sus horas finales y, a la vez, afirmar que Juan el hijo de Zebedeo siguió a Jesús en su itinerario de audiencia en audiencia en el simulacro de juicio al que fue sometido y que estuviese al pie de la cruz. Es muy problemático mantener que Juan estuviese allí, y ello constituye un escollo difícilmente salvable a la hora de hacer de él el autor del cuarto evangelio. Lázaro, en cambio, sí podía estar al pie de la cruz, como lo estaban sus amigos Nicodemo y José de Arimatea (19:38,39).
- No es muy verosímil mantener que Juan el hijo de Zebedeo contase con influencias en el entorno del sumo sacerdote. Es mucho más lógico ver en ese papel a Lázaro<sup>24</sup>, influyente habitante de un pueblo cercano a Jerusalén.
- No consta que el apóstol Juan tuviese una casa cerca de Jerusalén en la que acoger a la madre de Jesús el mismo día de la crucifixión. Lázaro, en cambio, sí tenía una. La compartía con sus hermanas Marta y María. Si María Magdalena es María de Betania, como creo, la presencia junto a la cruz de Lázaro y María era no sólo una señal de solidaridad hacia Jesús en su momento de dolor, sino una seguridad y una garantía de que ambos sabrían velar por la madre de Aquél a quien ambos debían su sanidad.
- El detalle de que María Magdalena informase al “discípulo amado” y a Pedro la desaparición del cuerpo de Jesús apenas tendría relevancia si el “discípulo amado” hubiese sido Juan. ¿Qué significaría que Juan, en su competición con Pedro, llegó antes a la tumba, pero que dejó pasar a Pedro el primero? ¿Que era mejor atleta o más joven

---

<sup>24</sup>En este contexto se podría presentar la objeción de que, dado que hubo un complot para asesinar a Lázaro, no era lógico que se le franquease a éste la entrada al patio de sumo sacerdote. La objeción no es tan sólida como puede parecer a primera vista. En efecto, hubo un complot para asesinar a Lázaro, pero no consta que el sumo sacerdote hubiese formado parte del mismo. Además, aunque el sumo sacerdote hubiese formado parte de ese complot, no es probable que quien abriese la puerta del patio a Lázaro y a Pedro hubiese estado enterado ni de tal complot ni del supuesto deseo de su patrono en participar en el mismo. Evidentemente, el discípulo amado había estado alguna vez más en la casa del sumo sacerdote. No hay motivo para pensar que a Lázaro se le pusiesen trabas para entrar en aquella mansión inmediatamente después de su resurrección.

que Pedro, pero que, por respeto a sus supuestas canas, dejó pasar a éste? En cambio, si María Magdalena es la hermana de Lázaro, y éste es el “discípulo amado”, que el recientemente resucitado llegue antes que Pedro, pero que le ceda el puesto muestra que la comunidad cristiana original de Judea estuvo dispuesta a reconocer la legitimidad de los apóstoles galileos como dirigentes de la iglesia de Cristo, algo que no parece que fuese recíproco.

- Que el “discípulo amado” creyese en la resurrección al ver los lienzos y el sudario en la tumba vacía de Jesús se explica mejor al considerar que él mismo había tenido ocasión de ver otra tumba vacía hacía unos pocos días: la suya propia.
- Aunque no resulta fácil de explicar la presencia de Lázaro en el Mar de Galilea en 21:1ss, la indefinición acerca de la futura muerte del “discípulo amado” se llena de significado cuando se le identifica con un hombre que ya había muerto una vez<sup>25</sup>. Además, la propia mención del discípulo amado en el grupo formado por “Simón Pedro, Tomás llamado el Mellizo, Natanael el de Caná de Galilea, los hijos de Zebedeo y otros dos de sus discípulos” (21:2) implica, si se sigue la regla de todo el evangelio, que el discípulo amado estará entre estos dos últimos y no entre los otros cinco. Un criterio de simetría respecto del capítulo primero sugeriría que uno de los dos últimos sería Andrés; el otro es el autor del evangelio, lo cual descarta, una vez más, a Juan el de Zebedeo.
- Aunque la Biblia no habla explícitamente de la madre de Jesús en el contexto de la ascensión, parece una suposición razonable que el Señor haya querido que la presenciase. Por eso, la elección del lugar, el Monte de los Olivos (Hch 1:12), o sea, las inmediaciones de Betania (Luc 24:50), resulta particularmente significativa si su madre vivía precisamente en esa localidad, en la casa de Lázaro.

Reconsiderando lo extraño de la ausencia de Lázaro de los sinópticos, quizá convenga volver a buscarlo en ellos. Los tres sinópticos reconocen que Betania, el hogar de Lázaro, Marta y María, fue la base de operaciones de Jesús durante la semana de la Pasión (Mat 21:17; Mar 11:1,11,12; Luc 19:29; cf. Jn 12:1). Jesús envió a dos de sus apóstoles a una dirección no especificada de Betania, donde se encontraron con la colaboración de los dueños del pollino que habían ido a recoger para la entrada triunfal de Jesús en Jerusalén (Mat 21:2,6; Mar 11:2-6; Luc 19:29-34). El cuarto evangelio asocia a la multitud que salió a aclamar a Jesús con la resurrección de Lázaro (12:17-19).

Lázaro y su familia, María Magdalena incluida, ya no vuelven a aparecer en el Nuevo Testamento<sup>26</sup>. Qué fue de ellos nos es desconocido<sup>27</sup>. En todo caso, el que Lázaro y sus hermanas

---

<sup>25</sup>Si el autor de las tres epístolas atribuidas a Juan es quien inspiró el cuarto evangelio, su calificativo de “anciano” (2 Juan 1; 3 Juan 1) podría tener un sentido verdaderamente cronológico. Su longevidad estaría relacionada con la leyenda de que Lázaro no moriría nunca, al haber muerto ya una vez.

<sup>26</sup>Existe una segunda colaboración con Jesús de los vecinos de Jerusalén que encontramos en ocasión de la preparación de la Última Cena. Aunque Mateo habla de una petición directa (“en tu casa voy a celebrar la pascua con mis discípulos”) realizada a un cierto ciudadano anónimo (Mat 26:18,19), Marcos (Mar 14:13-16) y, sobre todo, Lucas (Luc 22:8-13) aclaran que Jesús envió a Pedro y a Juan a encontrarse con “un hombre que lleva un cántaro de agua”. Debían seguirlo y hacerle la petición al dueño de la casa en la que entrase el hombre. El texto no lo dice, y los sinópticos ni siquiera mencionan el incidente, pero resulta tentadora la suposición de que el agua del cántaro serviría más tarde para el lavamiento de pies. ¿Quiénes eran el hombre del cántaro y el dueño de la casa? ¿Sería Lázaro alguno de ellos? No podemos saberlo. En todo caso, la suposición de que el “aposento alto” y la casa en la que estaba pertenecían al padre de Juan Marcos descansa en la gratuita identificación de dicho aposento con el lugar en el que muchos cristianos se reunieron para orar por la liberación

no vuelvan a figurar en el Nuevo Testamento es la mejor señal de que cumplieron fielmente el especial cometido que Jesús les dejó: cuidar de su madre<sup>28</sup>, devolviendo, en una pequeña medida, toda la ayuda que habían recibido de Dios.

---

de Pedro (Hch 12:12).

<sup>27</sup>Existen tradiciones en el sentido de que Lázaro se fue a Larnaca, en Chipre, y luego a Marsella, pero seguramente no hay que dar a tales leyendas más crédito que a la superchería de que María Magdalena se marchó con el apóstol Juan y la madre de Jesús a Éfeso. En todo caso, ha habido intentos de encontrar a Lázaro y a sus hermanas en la literatura judía, pero resultan poco convincentes. Existe la certeza razonable de que hubo tres hermanos, llamados Eleazar, Marta y Miriam, hijos de Boethus. Eleazar fue sumo sacerdote durante unos meses hacia el año 4 o 3 a.C. Se sabe que Marta murió de hambre en el sitio de Jerusalén en el año 70 d.C. De Miriam existen indicios parecidos, en el sentido de que, después de haber sido rica, tuvo que rebuscar granos de cebada sin digerir entre estiércol de caballo. Curiosamente, su pelo es objeto de discusión en los relatos pertinentes de la Mishná. Véase Frederick W. BALTZ, *Lazarus and the Fourth Gospel Community*, Mellen Biblical Press, 1996.

<sup>28</sup>La madre de Jesús aparece una única vez fuera de los evangelios en Hch 1:14.

**BIBLIOGRAFÍA**

Casi todas las obras siguientes son hipercríticas, y no debe inferirse que el autor de este artículo las respalde. De todas ellas, las únicas leídas por el autor en su integridad son las de Barret y Bultmann. La de Eller, que coincide en buena parte con lo aquí expuesto, se ha consultado cuando ya estaba hecha toda la investigación que ha llevado a escribir este artículo.

BACON, B. W., *The Fourth Gospel in Research and Debate*. Nueva York, 1910.

BARRET, C. K., *The Gospel According to St. John*. Londres: SPCK, 1978.

BULTMANN, Rudolf, *The Gospel of John: A Commentary*. Philadelphia: Westminster, 1971.

ECKHARDT, K. A., *Der Tod des Johannes*. Berlín: De Gruyter, 1961. En esta obra se aventura la teoría de que Lázaro es el pseudónimo de Juan el hijo de Zebedeo después de su presunta muerte y resurrección.

ELLER, Vernard, *The Beloved Disciple: His Name, His Story, His Thought*. Grand Rapids, Michigan: Wm. B. Eerdmans, 1987. Esta fascinante obra puede consultarse en [www.hccentral.com/eller8/](http://www.hccentral.com/eller8/)

FILSON, Floyd, *The Gospel according to John*. Layman's Bible Commentary. Richmond, VA: John Knox, 1963. Esta obra también tiene como título alternativo *Saint John* (Londres: SCM Press, 1963). Véase, además, "Who Was the Beloved Disciple?" en *JBL* 68 (1949): 83-88.

LOISY, Alfred, *Le quatrième évangile; Les épîtres dites de Jean*. París: Emile Nourry, 1921.

SANDERS, Joseph Newbould, *A Commentary on the Gospel according to St. John*. Edited and completed by B. A. Mastin. Harper's NT Commentaries. Nueva York: Harper & Row, 1968; reimpresión Londres: Black, 1975.

WELLHAUSEN, Julius, *Das Evangelium Johannis*. Berlín: G. Reimer, 1908.